

HOMENAJE

Las paradas de La Troppa

Dueños de un original catálogo de habilidades y destrezas, la compañía teatral logró plasmar en escena montajes lúdicos, que mezclaban elementos contemporáneos y tradicionales. Separado el grupo el año pasado, este artículo funciona como una especie de balance de sus obras y principales elementos dramáticos. El texto principal corresponde a un discurso de 2004, cuando las sorpresas de La Troppa eran aún una esperanza futura.

Ramón Núñez | Escuela de Teatro UC

De los inicios del grupo teatral La Troppa puedo dar fe no sólo de su abundante y natural talento, sino de su radical actitud hacia el arte en el que estaban siendo entrenados. En plena relación de odio-amor hacia el teatro, decidieron desterrar todo lo aprendido en la Escuela de la Universidad Católica y abocarse a la difícilísima tarea de construir un mundo nuevo y mejor a partir del teatro.

Egresaron pero no se titularon, pues declaraban que no sabían nada; la tesis la dejaron para más adelante, para cuando descubrieran cómo hacer, ya que el teatro es fundamentalmente eso: acción.

Estos avasalladores nihilistas jamás se sintieron cómodos con el *establishment* teatral chileno y tan pronto abandonaron la Escuela crearon su propio grupo, con un nombre de suyo reivindicativo: Los Que No Estaban Muertos. Entonces estrenaron su primera creación dramática, *El santo patrono*, en la que –según confesión propia– no les cupo toda la rabia acumulada durante años.

Empezaron como todos, llenos de ilusiones y con pocos medios, intentando ser fieles a sí mismos.

'Perdidos' en lo nuevo

Suspendieron más funciones que las que efectivamente estrenaron, ya que no había público para ellos en ese octubre del 87 en el Centro Cultural Mapocho. Sin embargo, esa experiencia inicial les serviría para darse cuenta de sus carencias. La obra tenía mucha carga pero poco valor escénico: les faltaba forma para plasmar tanto contenido. Entonces había en ellos sólo la idea de la rebeldía absoluta, hasta que redescubrieran la belleza de

las acciones. A través de ellas han llegado a logros impensables en ese entonces. Sólo sabían lo que no querían hacer, lo que odiaban del teatro: lo falso, tedioso, estereotipado, ampuloso, vociferante e hipócrita, la dramaturgia formal y lineal, y la ausencia de la imaginación.

Hasta ahora han sido consecuentes con su postura original de edificar, sobre las cenizas del antiguo, un nuevo y mejor teatro, más lúdico, más imaginativo, más poético, la creación de verdades escénicas alejadas de reglas y teorías. Lo han logrado. Su tratamiento escénico no es psicológico en el sentido clásico de causa y efecto. No se basan en conceptos aristotélicos, sino que entienden el mundo desde otra perspectiva más onírica, más surrealista; trabajan con la carga simbólica tanto o más que con la linealidad de la historia. Al hablar de su técnica creativa, confiesan que no hacen improvisaciones sino que hurgan en lo que a cada uno de ellos les gustaría hacer. Luego ceden

La iniciación con nariz larga: en la obra *Pinocchio* (1990), La Troppa comenzó a utilizar un elemento central arquitectónico, que simbolizaba toda la obra y restringía la acción de los personajes. A partir de entonces, además, todas sus creaciones mostrarían experiencias de iniciación juvenil.

Una cronología 'troppera'

Como Los Que No Estaban Muertos:

- El santo patrono (1987)
- Salmón-Vudú (1988)
- El rap del Quijote (1989)



PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN Y ARCHIVO DE LA ESCENA TEATRAL, ESCUELA DE TEATRO, PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE.

Como La Troppa:

- Pinocchio (1990)
- Lobo (1992)
- Viaje al centro de la tierra (1995)
- Gemelos (1999)
- Jesús Betz (2003)



el paso a una búsqueda; en eso pasan bastante tiempo, muy perdidos: confiesan hidalgamente que nunca saben nada. Dicen: el estado normal del grupo es estar perdidos. Una vez definida la historia o encontrado el material –un cuento, un relato o una novela– empieza el trabajo práctico y se abocan a la creación de un guión cinematográfico, un *storyboard* con dibujos, textos, planos y las diagramaciones técnicas propias del cine: movimientos, encuadres y cortes, todo lo más detalladamente posible.

En definitiva, lo que hacen es imaginarse una película, rescatando la poesía de la imagen, de la acción y la música.

En estos 18 años se han convertido, sin lugar a dudas, en el grupo teatral más importante de este país. Han paseado su arte por el territorio nacional y el mundo entero para la gloria propia y del teatro chileno, llenando todas las expectativas de los muchísimos públicos que de pie los han aplaudido. El rigor de su trabajo y su gran autoexigencia les han dado frutos. Han logrado traspasar las barreras de la diversidad de audiencias e idiomas.

La Troppa es contestataria a un teatro frívolo e intrascendente, que siempre se ha hecho, pero que últimamente ha ido adquiriendo una peligrosa importancia. Enfrentando –a través de la parábola o las metáforas– los pequeños pero vitales problemas diarios del ser humano, han recuperado temas fundamentales; buscando valores y un sentido positivo del quehacer teatral, han encontrado un lenguaje escénico propio, ajeno a moldes foráneos, una estética luminosa donde campea la originalidad, el humor, el desgarrar, pero, por sobre todo, lo lúdico y la poesía. Su máxima regla es *hacer teatro*, y eso es algo esencial para ellos. Tienen con el teatro un compromiso vital. Ellos quieren llegar –y hacernos llegar a nosotros, su público– a mejores y mayores niveles de conciencia a través de su oficio: no se consideran a sí mismos *actores*, sino *entes sociales* en constante superación. Ya partieron; no podrán detenerse. » sig

Arte 'troppero', solidario

Su inicial pobreza escenográfica, dicen, no era más que pobreza inicial cerebral. Ahora el asunto se ha revertido, ya que sus escenografías –por darle un nombre a la cuantiosa y compleja cantidad de utilerías, máscaras, objetos, materiales y cosas que utilizan para crear– también cuentan historias; ahí los personajes no sólo se desplazan, sino que se visten con ellas. Como para ellos el teatro no es pura abstracción ni teorías, sino fundamentalmente *práctica*, con texturas y sudor físico, han logrado un legítimo estado de propiedad.

La música perfectamente escrita para cada cuadro, secuencia o escena es un elemento dramático de excelencia no rescatado hasta ahora por críticos o erudito colegiado alguno. Su aporte a la creación de atmósferas, de quiebres rítmicos en lo dramático, de fundidos temáticos de una escena a otra, o de finales, constituye un acierto estilístico más de esta innovadora compañía. El diseño teatral confeccionado por ellos mismos los convierte en auténticos artesanos de su oficio. Eso habla de meticulosidad, de perfección y belleza en el teatro. Por ahí se asoma el cómic, las marionetas, el corte cinematográfico, el encuadre y la edición.

Estos *luthiers* dramáticos han sido reconocidos ampliamente por el público, la crítica y sus pares, quienes han ensalzado y premiado su audaz inteligencia, su lenguaje tan articuladamente propio, su rigor, honestidad y consecuencia. Ya han recibido no sólo la admiración sino el respeto que inicialmente buscaban estos sabios artífices de sueños, juegos y magias.

Esta Troppa –Laura Pizarro, Juan Carlos Zagal y Jaime Lorca–, convertida en un tropel de talentos, ha enlazado, con su fascinante quehacer, voluntades y corazones en todas las latitudes. Así, han preparado el advenimiento de una nueva era, en la que los espectadores, vueltos mejores seres humanos gracias a la *katharsis* de cada representación, nos reencontraremos en los eternos valores de la amistad, el amor y la solidaridad. Entonces, la fecundidad del «arte troppero» hará surgir sociedades más justas para que el hombre que en ellas viva recupere, por fin, a través del teatro, la dignidad perdida. ■